

franca en aquellos puertos; valiéndoles acusaciones diversas de los españoles, que se quejaban contra la exclusión del resto de los europeos. Pero Felipe II tuvo buen cuidado de vindicar á los Padres, expidiendo un decreto, por el que, después de prohibir á cualesquiera clase de misioneros la salida de las islas Filipinas ó de las Indias occidentales con ánimo de pasar al Japon para propagar en él el Evangelio, hizo saber á todos los gobernadores en el Oriente la bula del papa Gregorio XIII.

Luego que se supieron en las islas Filipinas las persecuciones suscitadas por el monarca de Firando, se esparció el rumor de que los Jesuitas expulsados ó asesinados dejaban á los Cristianos sin proteccion, y que estos imploraban el favor de las demás corporaciones religiosas. Los comerciantes españoles, que conocían mejor que los Franciscanos la situacion de las cosas, y que tenían negocios de interés y rivalidad empeñados en la cuestion, persuadieron á estos últimos, establecidos ya en Filipinas, que ya no existía Jesuita alguno en el Japon, y que por consiguiente tanto la bula del Pontífice como el edicto del Rey venían á caducar por la fuerza misma de los sucesos. El gobernador de Manila se dejó coger en el lazo, y aun hizo caer en él al P. Juan Bautista, comisario de los Franciscanos. Preparóse una embajada española, compuesta del portugués Pedro Gonzalo de Carvajal, del P. Juan Bautista y otros tres individuos de su misma Orden, que arribó al Japon el 19 de junio de 1593. La discrecion de los Jesuitas, y el misterio de que tal vez se rodeaban, habia sido un estímulo para los demás religiosos. En aquella época existían en el Japon ciento veinte y seis Padres, de los que solos dos, Organtini y Rodriguez, se hallaban facultados para presentarse en público con el hábito de su Orden; los demás estaban proscritos. Pero aquella proscripción, además de producirles numerosos prosélitos, les permitía proyectar con feliz éxito nuevas excursiones por los reinos de Boari, de Mino, de Canga, Noto y de Jetku; y prosperaba el colegio de Amacusa, y adquiría un rápido incremento el seminario de Facinara, bajo los auspicios y proteccion del general Tzucamindono.

Asombráronse los Franciscanos al verse así engañados; pero como ya habian sentado el pié en un suelo fértil en prodigios religiosos, no pudieron resolverse á abandonarlo sin haberlo cultivado con sus manos. Pertrechados en su título diplomático, em-

pezaron por celebrar en público los oficios divinos, sin querer escuchar los consejos de los Jesuitas. Hallábanse en un imperio, cuyos jefes y bonzos eran cada vez mas astutos y desconfiados, y de aquí resultó que no supieron contener su celo en una justa medida. Tan léjos estaba de hallarse abandonada la mision del Japon, que en el año de 1596 se reforzó su colonia con la llegada de otros muchos operarios, entre quienes se contaba Carlos Spínola, hijo único del conde Octavio Spínola, caballero mayor del emperador Rodolfo, y Gerónimo de Angelis. En el mismo año tomó posesion de su silla el P. Pedro Martinez, nombrado obispo del Japon; siendo acogido con grandes muestras de júbilo y veneracion por parte del Emperador, cuyo orgullo llegaba á su apogeo al recibir en su corte al gran sacerdote de los Cristianos.

Antes de hablar de la segunda persecucion de Taicosama, que empezó inmediatamente, será oportuno indicar las causas. Hacia ya largo tiempo que los adversarios de la Compañía habian lanzado una ávida mirada sobre aquellas florecientes colonias cristianas: impotentes para crear con tan débiles medios como los que empleaba ella, trataban de desnaturalizar los triunfos obtenidos, ó por lo menos, cuando los resultados eran palpables, imputaban á los Jesuitas una ambicion sin límites, propalando en Europa y en las Indias que tal era el motivo á que se atribuía la intolerancia de los príncipes.

Taicosama, como todos los déspotas, era en extremo celoso de su autoridad; temia compartir esta, y temblaba llegase el dia en que unos sacerdotes extranjeros obtuviesen sobre el espíritu de los pueblos una influencia, que tarde ó temprano pudiera contrarrestar la suya. No se ocultaba á su perspicacia que una vez cristianizado el Japon, se vería obligado á hacer concesiones á sus súbditos, y no cesaba de dirigir sus miradas hácia el Occidente. Los Jesuitas, es verdad que ejercian un poderoso influjo sobre los reyes, sobre los generales y las masas que se lanzaban al cristianismo como á un asilo de reposo y de salvacion; tambien lo es que esta influencia se extendía á los portugueses, que entusiasmados con el recuerdo de Alburquerque, solo aspiraban hacer un comodin de la Religion en provecho de sus conquistas, puesto que esta franqueaba la exportacion de su comercio; pero en un imperio tan fecundo en revoluciones, Taicosama, que era el producto de la última, podia muy bien persuadirse de que se podria

consumar una nueva en favor de un príncipe cristiano, realizada por los portugueses aliados de los Jesuitas. Llevado de esta idea, esperó calmar sus temores, limitando el número de los catecúmenos, y prohibiendo los trabajos de los misioneros. Proscribiólos oficialmente, aunque en secreto les permitía predicar, ocupándose únicamente en vigilar sus pasos, experimentando por medio de vejaciones aisladas la fidelidad de los neófitos, fidelidad que jamás se desmintió. El general Ucondo, que aun permanecía condenado al ostracismo, no cesaba de inculcar á sus amigos la sumisión; y sus amigos, que rodeaban el trono, que disponían del ejército, de la escuadra y de la hacienda, continuaron sirviendo con el mayor celo al Emperador. Fuese este tranquilizando poco á poco; y viendo que la autoridad de los Jesuitas no era tan peligrosa como habia imaginado, puesto que ni la habian adquirido ni la conservaban sino por medio de agentes extraños á sus designios, y que su mismo interés dictaba que los conservase, puesto que el Evangelio que predicaban inducia á la obediencia, los dejó tranquilos en su imperio.

El origen de sus supuestos tesoros era tan notorio como el de su influencia. En el Japon los príncipes y magnates son extremadamente opulentos; pero en ciertas épocas se ven tambien precisados á ofrecer al Emperador magníficos regalos, y sostener á sus expensas las guerras que se declaran entre sí, y las que ha decretado el Soberano. A pesar de estas cargas, fácil hubiera sido á los Jesuitas hallar caminos para llegar á la opulencia. Mas como los bonzos hacian consistir su piedad en gravar al pueblo, enriqueciéndose con sus despojos; los Jesuitas, á fin de establecer una especie de comparacion entre la religion de Cristo y la idolatría, capaz de impresionar á los ánimos, se limitaron á no recibir cosa alguna de los indígenas. Para el sostenimiento de ciento veinte y seis misioneros, para levantar iglesias y cubrir los gastos de los continuos viajes á través de los mares, no tuvieron otros recursos que los auxilios de la Santa Sede y de los monarcas católicos. El dinero que se destinaba á las misiones pasaba por tantas manos antes que se lo entregasen, que los Padres no llegaban á tocar mas que una pequeña parte de él, y aun está desvirtuada por el cambio y curso de los valores. Pensaron en un expediente: suplicaron á Felipe II que los subsidios otorgados en favor de las misiones les fuesen pagados en mercancías; estableciéndose por

un decreto de Francisco Mascareñas, virey de las Indias, con anuencia de los portugueses, que de los seiscientos fardos de seda exportados anualmente de Macao para el Japon, se vendiesen cincuenta en beneficio de los misioneros, y que les fuese entregado íntegro el precio. No por esto traficaban los Jesuitas; recibían únicamente de mano de los comerciantes el valor de la sedas, lo que no era en efecto un comercio, y mucho menos un tráfico; así es que consultado el Papa sobre este asunto, aprobó la indicada transaccion.

Otra objecion mas seria se ha hecho á los Jesuitas, y aun á todo el clero secular. Se ha pretendido que las Órdenes religiosas solo eran capaces de abrir la trinchera de las misiones; pero que una vez comenzada la obra ignoraban el modo de consolidarla, y que refiriéndolo todo á la gloria exclusiva de su Instituto, dejaban perecer la mision por no saber ó no querer crear un episcopado y un clero indígenas.

Desde que la Santa Sede organizó sobre una vasta escala la propagacion de la fe, pudiendo sazonar sus medidas reformándolas segun le enseña la experiencia de todos los dias, creemos que nadie mejor que ella puede saber las necesidades y los remedios. Ella sola puede apreciar lo que importa hacer; ella sola puede ensayarlo con éxito; porque, desengañémonos, desde la capital de los Césares abraza todo su sistema de misiones, que el mas activo misionero solo pudo conocer en un cuadro muy limitado. La Silla apostólica tenia á la sazón y tiene todavía un plan fijo, del que no se aparta jamás. Las sociedades consagradas á la difusion del cristianismo no se alejaban de él; y ora fuese defectuoso en un punto, ó sujeto á inconvenientes en otro (lo que no está demostrado, ni es probable), tenemos sin embargo que vale mas ocuparse en su desarrollo, que lanzarse sin prevision en el camino de las innovaciones. En toda clase de gobiernos ó de negocios, un plan, por malo que sea, si se sigue con perseverancia, abunda en resultados felices; mientras que jamás podrá resultar el bien de un conjunto de proyectos sin unidad, ofrecidos en una parte por un celo privado, y puestos en práctica en otra por pasiones rivales y mezquinas.

Un clero secular no se improvisa tan fácilmente en la práctica como en la teoría; porque antes de confiar la custodia de un rebaño á un pastor, es preciso haber experimentado su vigilancia,

y era indispensable cerciorarse por medio de un prolongado estudio de los caracteres y costumbres locales, de si los indigenas son aptos para instruir á los demás y conducirlos por la senda de la salvacion. Los japoneses, es cierto que se prestaban para hacer de ellos unos excelentes neófitos; que estaban dotados de capacidad y disposicion al par que de una fe ardiente; pero nosotros creemos que todo esto no bastaba para plantear entre ellos un semillero de ministros; porque á mas de no poderse formar un clero nacional hasta que el Evangelio ha echado profundas raíces, y cuando se ha hecho dueño de las costumbres, leyes y civilizacion de un país, hay una madurez, una plenitud de edad, que es necesario aguardar, antes de fecundizar el gérmen sacerdotal en unas naciones largo tiempo infieles ó salvajes, y que degeneran en el momento en que se creian mas avanzadas en el progreso.

Las Órdenes religiosas y los Jesuitas siguieron la marcha ascendente que les dejaban trazada los Apóstoles: no querian exponer el episcopado al desprecio de las poblaciones, confiriéndole á hombres de quienes no estuviesen tan seguros como de sí mismos. Renovábanse las Órdenes monásticas con tanta facilidad, y adquiria la Sociedad un incremento tan rápido, que se hallaba en el caso la Santa Sede de estudiar á fondo la cuestion, y no resolverla sino parcialmente, como los Jesuitas la habian comprendido, introduciendo en su Compañía á los regnicolas que, por este solo hecho creaban en el seno de su patria una generacion eclesiástica.

En esta situacion se encontraban las cosas, cuando nuevos acontecimientos lanzaron el disturbio en las cristiandades del Japon. Los Franciscanos se habian servido de dos indigenas, llamados Faranda y Faxeda, en clase de introductores cerca del Emperador, deseando ser favorablemente acogidos. Mas ora fuese traicion, ó deseo de recibir un salario mas crecido, adulteraron los intérpretes la carta que el gobernador de Manila dirigia á Taicosama, haciéndole ver que mientras aguardaba la respuesta del Rey su amo, se declaraba vasallo y tributario del soberano del Japon. Quedó tan lisonjeado con esta oferta el orgullo de Taicosama, que otorgó amplias facultades para predicar en su imperio á los frailes encargados del despacho, los que apenas supieron los primeros rudimentos del idioma, cuando le declararon el verdadero y genuino sentido de aquella carta. Los intérpretes impos- tores, que se creian necesarios al Emperador, luego que vieron

levantarse la tempestad sobre sus cabezas, trataron de evadirla, diciendo que habian sido engañados por los Franciscanos, quienes, so pretexto de honrar á Taicosama, solo habian pasado al Japon para aumentar el número ya alarmante de los Cristianos. Esto bastó para despertar de nuevo los recelos del Príncipe, los que aumentó y dió un fatal impulso una imprudente jactancia de un español.

En el mes de julio de 1596 encalló en las costas de Nifon un galeon español procedente de Manila con direccion á Nueva-España: como, segun las leyes del país, todos los bienes de los naufragos pertenecian al monarca por derecho de tempestad, se apoderaron con arreglo á ellas del cargamento. El P. Gomez, que vió á los marineros sin recursos, trató de suministrarles víveres, acogió sus enfermos en el colegio de Nangasaki, y el obispo del Japon mantuvo á sus expensas á los demás, hasta el momento de hacerse otra vez á la vela para su destino con el nuevo buque que construyeron. Habíanse encontrado á bordo algunos mapas geográficos, que estudiados por un cortesano del Emperador, despertaron su curiosidad hasta el punto de preguntar al piloto español, «á quién pertenecian todos aquellos reinos delineados en ellos.—A mi Rey, contestó el español.—¿Y cómo ha podido, añadió el cortesano, hacerse dueño de tantos países en Europa, África, Asia y América?—Por las armas y la Religion, replicó en un acceso de orgullo español; nos hacemos preceder de nuestros sacerdotes, que con su predicacion nos preparan el camino, convirtiéndolo á los pueblos al cristianismo; y en seguida, sin dificultad ninguna los sometemos á nuestro dominio.»

Esta fatal palabra, reportada al Emperador, fue para él un rayo de luz: dió orden al momento de encarcelar á todos los bonzos europeos existentes en Ozaca y Meaco, siéndolo seis Franciscanos y tres Jesuitas, que en 5 de febrero de 1597 pagaron con su vida la imprudencia del piloto.

Hé aquí el contenido de la sentencia: «Por haber estos hombres, llegados de Filipinas en calidad de embajadores, osado predicar, contraviniendo á nuestra expresa prohibicion, la ley del Crucificado, construyendo iglesias y abusando de nuestros beneficios, ordenamos que sean crucificados ellos, en union de todos los japoneses que han abrazado dicha ley, prohibiéndola de nuevo, y siendo nuestra voluntad que todo el mundo lo sepa.»

«Y si alguno se atreviese á contravenir á nuestro decreto, será castigado de muerte con toda su familia: dado el 20 de la luna XXI.»

En el momento de la ejecucion se lanzó el Jesuita Miki al cuello de los Franciscanos, dándoles con lágrimas de júbilo las gracias por haberle proporcionado la muerte en defensa de la ley de Jesucristo, que vino para él, para sus hermanos, para los hijos de san Francisco y de todos los japoneses; y todos ellos la aceptaron como verdaderos mártires. Taicosama habia esperado intimidar con estos suplicios á los misioneros y demás fieles; pero no tardó en conocer su error al ver el entusiasmo que entre ellos reinaba. Los neófitos arrostraban sus iras y pedían la persecucion con todo su anhelo; y no se hizo esperar mucho tiempo. El Padre Luis Froez, uno de los operarios mas laboriosos de aquellas colonias, falleció consumido de vejez en el mismo dia en que aquel Diocleciano japonés decretó el extrañamiento de los Jesuitas; mas apenas se acababa de publicar aquel *firman*, cuando se dejó ver Valiñani en la costa, acompañado de otros nueve Padres y del Jesuita Cerqueira, coadjutor del obispo del Japon, quien pasó á sucederle inmediatamente por muerte de Pedro Martinez, que espiró en la travesía en 1598.

Esta era ya la segunda vez que el P. Valiñani se presentaba para conjurar la tormenta. Su presencia bastó para mitigar la cólera del Monarca, por lo mucho que le amaba y respetaba. El 15 de setiembre del mismo año espiró Taicosama á la edad de setenta y cuatro años, siendo asistido en su última hora por el P. Rodriguez, quien á pesar de que ejercía sobre él mucha influencia, no pudo domar al Evangelio aquel corazon rebelde.

El Monarca dejaba por heredero único á un niño de seis años; confiése la regencia á Daifu, uno de los reyes del Japon, que tomó al instante el título de Daifusama. Como su autoridad estaba mal cimentada, y tenia que realizar grandes proyectos, se vió precisado á echar mano de Valiñani, quien le hizo sin dificultad conocer la necesidad de proteger á los Cristianos.

El año de 1599 fue fecundo en sucesos para el Japon. La sangre de los Cristianos, que le habia inundado, multiplicó de tal modo á los fieles, que setenta mil indígenas abrazaron el cristianismo; y se cuenta que mas de una vez el P. Baeza tuvo que hacerse sostener los brazos para continuar administrando el Bautis-

mo. Daifusama entre tanto ambicionaba el trono imperial, y estaba en vísperas de usurparlo. La nobleza trató de ligarse contra él; y como hubiesen empezado á estallar entre los nobles varias divisiones intestinas, procedentes de ambiciones rivales, espíó Daifusama el momento de sorprenderlos, y cayendo de repente sobre su ejército, los desbarató completamente, tomando en seguida el título de Cubo-Sama, como para dar mayor realce á su victoria. Agustín Tzucamindono, que habia seguido el pendon levantado contra el usurpador, rehusó después de la batalla, en que saliera cubierto de heridas, aprovecharse del privilegio de los príncipes vencidos, que se reducía á introducirse una espada por el vientre para sustraerse al espectáculo de su derrota; y habiendo mandado Daifusama cortarle la cabeza, murió como cristiano y como héroe.

Esta muerte no cambió en nada las intenciones del nuevo Emperador: tenia los neófitos á su lado como los habia en el campo opuesto, y continuó en favorecer la Religion, no olvidándose en la particion de sus reinos de los Católicos que habian combatido á su lado y por su causa. Esta sustitucion de monarca permitió á los Jesuitas conducir el Evangelio á otras diferentes comarcas, entre ellas al reino de Fingo, antigua herencia de Tzucamindono, que contaba á la sazón mas de cien mil neófitos. Como el príncipe que acababa de suceder á este último debía su fortuna á los bonzos, trató de manifestarles su gratitud inmolando víctimas católicas; mientras que los Jesuitas, que podían temer que una ventura demasiado duradera enervase los resortes de la fe en aquel pueblo, largo tiempo gobernado por un cristiano, trataron tambien de penetrar bajo distintos disfraces en el reino de Fingo, y allí permanecieron.

Conservaba el P. Organtini frecuente intimidación con Daifusama, que como todo usurpador procuraba captarse la confianza de los unos, y adormecer el celo de los otros, persuadido por su egoismo, é imitando á cuantos le precedieron y le seguirán en esta senda, de que el mejor medio de sostenerse era el de engañar y ganar tiempo. El cristianismo habia llegado á ser imponente en el Japon; Daifusama le servia, permitiendo que se erigiesen templos aun en el mismo Meaco. Entre tanto, los Franciscanos y españoles, que no cesaban de codiciar aquel vasto imperio, arribaron á Nangasaki con imprudentes promesas. Daifusama, que por

ellos habia sabido que en aquel mismo año habian llegado de la metrópoli diferentes buques cargados de armas y soldados, preguntó á los españoles: «¿Para qué se habian juntado allí tantos «soldados y efectos de guerra?—Para someter las Molucas al dominio español,» contestaron aquellos. Esta palabra recordó al Soberano las que tan fatales fueran al cristianismo ocho años antes; y creyendo, como su predecesor, que los europeos trataban de lanzarse á otras nuevas regiones por medio del Evangelio, mandó al punto al gobernador de Nangasaki que arrojase de su playa á todos los españoles. Valiñani, cuyo nombre es inseparable de la historia del Japon, porque á fuerza de valor y virtud habia sabido adquirirse un inmenso ascendiente sobre los corazones del pueblo y de los reyes, no podia oponerse á semejantes medidas por haber fallecido en Meaco á los sesenta y nueve años de edad; pero habia suplicado en sus últimos momentos á Daifusama que suspendiese su enojo. Lo hizo efectivamente después, permitiendo á su hijo Xogun que facultase á los misioneros para predicar en sus Estados, y manifestando un vivo deseo de ver al P. Cerqueira, obispo del Japon. Este en union del P. Spínola le explicó la situacion de los Cristianos en su imperio, y el Príncipe les prometió su apoyo. Mucho lo necesitaban ambos, porque habian emprendido la obra mas difícil de las misiones; se dedicaban á la creacion de un clero indígena, y las cinco parroquias de Nangasaki estaban confiadas á los sacerdotes japoneses. Habíase allí establecido una academia donde se enseñaba públicamente la filosofía y astronomía. Al mismo tiempo Crgantini, que pronto iba á sucumbir al golpe fatal de la muerte, se ocupaba en poner la última mano á sus obras de caridad. Habia observado el Jesuita, que se ocupaba menos en las cosas científicas que en las obras de caridad, que así en el Japon como en la China, las familias que se creian incapaces por falta de medios de poder alimentar á sus hijos, los estrangulaban en la cuna, ó los ahogaban lanzándolos al rio. Adoptó á aquellos inocentes recogiénolos, bautizándolos y confiándolos á la vigilancia de nodrizas cristianas; fundando en el Japon algunas casas de expósitos, adelantándose en esto á la idea de san Vicente de Paul, el enfermero de los leprosos. Así vivió durante el transcurso de cuarenta y dos años, asombrando al imperio con sus trabajos apostólicos, hasta el dia 17 de abril de 1609, en que la muerte le otorgó la única recompensa que ambicionaba.

Tres años habian transcurrido en estas vicisitudes, durante los cuales habia hecho el cristianismo asombrosos progresos, que en el concepto de Daifusama eran otros tantos indicios acusadores, de los que no necesitó buscar pruebas, pues en 1612 se las suministraron mas que suficientes un anglicano y un protestante holandés. Los Protestantes de todos los países y de todas las sectas, sin exceptuar al almirante de Coligny, habian tratado de competir con los Jesuitas; pero habiendo conocido muy luego la inutilidad de la lucha, puesto que no podian sobrepujarlos ni aun igualarlos en celo y caridad, empezaron primero por degollarlos en todos los mares; y viendo que no bastaban estas sangrientas ejecuciones para extinguir su ardor, se propusieron lanzar la tea de la discordia entre el rebaño y los pastores. Impotentes para convertir á la civilizacion y á su Evangelio á todos aquellos pueblos á quienes conquistaban los Jesuitas, quisieron por la calumnia reducir la Santa Sede á la misma impotencia.

El virey de Nueva-España habia remitido un embajador á la corte de Daifusama, con el encargo de ofrecer condiciones de comercio entre el Japon y Méjico. El buque que le habia conducido se hallaba sondeando la costa para procurarse un buen surgidero, cuando el Emperador que estaba presente, preguntó al referido inglés lo que significaba aquella operacion. Este, que anhelaba perder de un solo golpe la religion católica y el comercio de un pueblo rival, declaró, sin vacilar, que sondear los puertos es mirado en Europa como un acto de hostilidad. «Los españoles, añade, tienen fines siniestros sobre este imperio; pertenecen á una nacion insaciable, ambiciosa, y que trata de dominarlo todo y por todo, siendo los Jesuitas sus emisarios y «exploradores, por cuya razon han sido expulsados de Inglaterra, Alemania, Polonia y Holanda; y la religion que enseñan no «es la verdadera.»

No necesitaba tanto el Emperador: al instante designa catorce familias ilustres, y las intima la órden de escoger entre abjurar la fe, ó un destierro perpetuo; todas sin excepcion eligen el destierro. Sabe que hace ya largo tiempo que Miguel, hijo de Protasio, rey de Arima, ambiciona el cetro de su padre, y sin mas le otorga la investidura del reino, con la condicion expresa de perseguir sin treguas á los Cristianos. Miguel era cristiano, y se hace apóstata; y después de haberse apoderado del trono, propo-